

Los ejércitos contendientes en la batalla de las Navas de Tolosa

The contending armies in the Navas de Tolosa battle

Bernardo Jurado Gómez
Asociación Española de Amigos de los Castillos
Correo-e: presidente@castillosjaen.com

Resumen: El artículo presenta una síntesis sobre los aspectos militares de la batalla de Las Navas de Tolosa (al-‘Iqab en el término original árabe): descripción del armamento usado por ambas partes (musulmanes y cristianos: lanza, espada, mazas, arcos, ballesta, escudos, cascos y yelmos, loriga, almófar, manoplas, brafoneras) y composición de los dos ejércitos (cristiano e islámico).

Palabras clave: Navas de Tolosa; armamento; ejército; edad media; batallas; Castilla; Al-Andalus; Almohades; Jaén.

Abstract: This article presents a synthesis of the military aspects of the Navas de Tolosa battle (al-‘Iqab in Arabic). We describe the weaponry used by both sides (Muslims and Christians: spears, swords, maces, bows, crossbows, shields, helmets, armours (loriga), coifs (almófar), gauntlets (manoplas), spaulders (brafoneras)) and the composition of both armies (Christian and Muslim).

Key words: Navas de Tolosa; weaponry; army; middle ages; battles; Castille; Al-Andalus; Almohads; Jaén.

1. Antecedentes históricos¹

Desde que el arabista Ambrosio Huici Miranda, publicara en 1912 su *Estudio sobre la campaña de Las Navas de Tolosa*, son bastantes los autores que han escrito sobre esta batalla y sus múltiples facetas. En el presente trabajo solo se abordará una cuestión concreta del aspecto militar: los ejércitos que participaron en la batalla, su composición y armas que utilizaron².

¹ Quiero expresar mi agradecimiento a Ángel Higuera Aparicio que ha realizado todas las fotografías de este artículo y al Estudio de Pintura Quickbrush que ha pintado las figuras de plomo de 28 mm que han ilustrado los distintos tipos de tropas (recreación por Bernardo Jurado Gómez). Para facilitar la lectura a un público más amplio, se han suprimido los signos de transliteración en los términos árabes (solo se han mantenido el de la consonante hamza: ’ y el de la consonante ‘ayn: ‘ por escribirse de manera independiente).

² Para el tema específico del presente artículo, los ejércitos contendientes en la batalla, se ha seguido, fundamentalmente, los trabajos realizados por Francisco García Fitz; Álvaro Soler del Campo; Manuel López Payer y María Dolores Rosado Llamas, entre otros recogidos en la selección de bibliografía final.

Para situar el contexto histórico en el que se produce este gran acontecimiento, es preciso remontarse unos diecisiete años atrás. Tras la derrota de Alfonso VIII, en la batalla de Alarcos en 1195, de la cual tuvo que retirarse herido y salvó la vida, casi de milagro, el reino de Castilla se sumió en una profunda crisis, perdiendo castillos como la fortaleza matriz de la Orden Militar de Calatrava, es decir, Calatrava La Vieja, llegando los almohades a amenazar a la propia Toledo.

En 1198, un grupo de 400 caballeros calatravos y 600 peones, en un golpe de audacia, tomaron el castillo de Salvatierra y a partir de ese momento pasarán a llamarse Orden de Salvatierra.



Maravedí de oro cristiano.



Dirham de plata almohade.

En 1209, terminadas las treguas que firmaron castellanos y almohades, Alfonso VIII, mandó saquear las tierras jiennenses de Andújar, Úbeda y Martos, lo que provocó la ira del nuevo califa almohade Muhammad ben Ya'qub al Nasir li-Din Allah, es decir, el vencedor de la religión de Allah, conocido por los cristianos como Miramamolín que procede del título honorífico de Amir al-mu'minin o Príncipe de los Creyentes.

No tardó en reaccionar al-Nasir y para 1211 organizó una campaña militar que culminaría con la toma del castillo de Salvatierra, dejando por segunda vez sin sede a los monjes calatravos.

Ante esta situación, Alfonso VIII se vio obligado a tomar medidas, convocando para la primavera de 1212, una campaña que pusiera freno al avance de los musulmanes, solicitando al Papa Inocencio III concediera el título de Cruzada, de carácter internacional, predicándose por los preladados de las principales diócesis de Europa.

Hechos todos los preparativos, la cita fue para el día 20 de Mayo de 1212, en Toledo. Un mes más tarde, el ejército cristiano salió de la ciudad del Tajo con dirección sur y el ejército musulmán partió desde Sevilla, en las mismas fechas, hacia el encuentro de los cruzados, teniendo lugar el choque en Las Navas de Tolosa, el día 16 de Julio de 1212.

Como los movimientos estratégicos y la batalla en sí no son el objeto de este artículo, lo dejaremos para otra ocasión.

2. El armamento de ambos bandos³

A continuación se intentará exponer las armas que pudieron emplearse en la batalla de Las Navas de Tolosa. Se dividen en armas ofensivas y defensivas, estando su evolución supeditada al avance de las armas ofensivas y teniendo su respuesta en una mejora de las defensivas.

La **lanza** se puede considerar como el arma ofensiva por excelencia, y su efectividad en determinados sistemas de combate dará origen a la aparición de la caballería pesada. Un primer uso de la lanza, el de mayor tradición, es debido a su carácter como arma arrojadiza. Aunque fue adoptado tanto por cristianos como por musulmanes, serían estos últimos quienes hagan un uso extensivo de él. La explicación de esta difusión es la utilización de la caballería ligera, a la jineta, dotada de gran movilidad e inservible para una función de choque, que encontrará su mayor eficacia en el uso de ligeras lanzas arrojadizas. Una segunda función, la encontramos en su uso como estoque; para ello se utiliza una lanza más fuerte que la arrojadiza y que se basa en la fuerza del brazo del jinete, por medio de un movimiento de arriba hacia abajo. Este tipo de caballería fue fundamentalmente musulmana, si bien los cristianos la adoptaron ocasionalmente.

El uso de la lanza pesada, que evolucionó a lanzas con el asta más gruesa, en un principio el caballero la sujetaba bajo la axila y con apoyo en el escudo, no siendo el jinete quien imprime fuerza al arma, sino la montura. Esto desde un punto de vista táctico supondrá una revolución en el arte de la guerra. Una segunda variante en el manejo de lanza con una función de choque es el método llamado *a sobre mano*. Consiste en empuñar la lanza con una leve torsión de la muñeca, de forma que parte del asta se apoye sobre el antebrazo y trae como consecuencia una mayor movilidad del arma, permitiendo que la lanza pueda dirigirse con mayor precisión, sobre el objetivo que se quiere impactar. Para un mejor apoyo se acortarán los escudos, y los arzones de los caballos se redondearán para una mayor sujeción del caballero a su montura. En al-Ándalus Ibn Saïd señala su difusión en el siglo XIII por los musulmanes: “muy a menudo los príncipes y guerreros andalusíes toman a sus vecinos cristianos como modelo en cuanto a su equipamiento. Su único propósito consiste en mantenerse firmes pegados a la silla y formar con el caballo un verdadero conjunto acorazado”.

El uso de la lanza por parte de la Infantería, prima como arma arrojadiza siguiendo una de sus funciones naturales, siendo su difusión entre los musulmanes mucho más destacable, con el uso de lanzas cortas, jabalinas y azagayas lanzadas con un propulsor. Un segundo sistema es su uso como estoque con una mano, en un movimiento desde arriba hacia abajo, donde la mano derecha se sitúa a la altura del cuello pero retrasada respecto al hombro, mientras el escudo cubre el cuerpo con la izquierda y sirve como elemento estabilizador. La tercera variante es su utilización como estoque con dos manos, aumentando la precisión del golpe y la potencia de la penetración, pero supone por el contrario una menor capacidad defensiva.

La **espada**, compuesta de sus tres elementos, es decir, pomo, arriaz y hoja, siendo las más usadas las de pomos esféricos asociados a arriaces rectos y hojas fuertes y anchas de doble filo con canal

³ Para el desarrollo de este apartado, voy a seguir, fundamentalmente, el extraordinario trabajo de Álvaro Soler del Campo, *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y al-Ándalus. Siglos XII-XIV* (Madrid: Servicio de Publicaciones del E.M.E., 1993).

central, características que responden a su concepción como armas para cortar y golpear, pero no para estoquear. Un segundo tipo de espadas estaría constituido con pomos esféricos o discoidales y arriaces curvos que superan el ancho de la hoja en ambos lados, y un tercer tipo con arriaces que se rematan en volutas. Los musulmanes van a utilizar estos tres tipos de espadas y especialmente otra de origen oriental, con pomos trilobulados que supone una estilización de la flor de loto, tema de una larga tradición en el mundo andalusí. La hoja es algo más estrecha.

Las **mazas** se encuadran dentro del armamento ofensivo empuñable. Su importancia radica en su capacidad ofensiva contra todas las armas, a excepción de la lanza, y está dirigida especialmente a quebrantar las estructuras corporales defensivas. El modelo más simple de maza es el compuesto por un asta cilíndrica y una cabeza esférica, usado tanto por cristianos como por musulmanes. Un segundo tipo, muy utilizado, es la maza cuya cabeza está compuesta de láminas de hierro muy cortantes. Menos documentada es la maza denominada “la estrella de la mañana”, consistente en una bola de hierro con púas, unida a la caña por medio de una cadena. Una cuarta maza tiene forma de martillo. El uso de mazas por parte de los musulmanes, en la batalla de Las Navas de Tolosa, está documentada por el arzobispo de Toledo testigo de la batalla.

Los **arcos**, utilizados desde la Antigüedad, se seguirán usando con profusión en la Edad Media, desde los *arcos simples* (arco corto) a los *arcos compuestos*. Los compuestos se refuerzan en la cara interna mediante una capa de cuerno y la externa con tendón animal, todo ello encolado. La combinación de materiales permitía una construcción muy flexible, de menor tamaño y gran potencia. Tanto los arcos simples, como compuestos alcanzaron una gran difusión en el Islam, siendo más utilizados militarmente por los andalusíes que por los cristianos. La presencia de contingentes mercenarios turcos al servicio de los almohades, en la batalla de Las Navas de Tolosa, es muy conocida y eficaz. En la batalla de Alarcos, se destacó la caballería ligera musulmana, armados con arcos compuestos y practicando la técnica del *Karr-wa-far*, el castellanizado *torna-fuye*. Los arcos no perdieron en al-Ándalus su importancia, a pesar del auge experimentado por la ballesta, que tomará la primacía, debido tanto a razones tácticas como de índole cultural.

El origen de la **ballesta** no se conoce con exactitud, no obstante en la península Ibérica existe una representación iconográfica del año 1086, sin estribo. La adopción del estribo significó un momento avanzado en su evolución, en el primer tercio del siglo XII. El extraordinario avance y potencia de la ballesta, supuso la mejora de las armas defensivas, como ocurrió con la lanza. Las fuentes de los siglos XII y XIII reflejan claramente la difusión y el imprescindible cometido de las ballestas, tanto en el campo



Puntas de flecha y ballesta originales halladas en el campo de batalla..

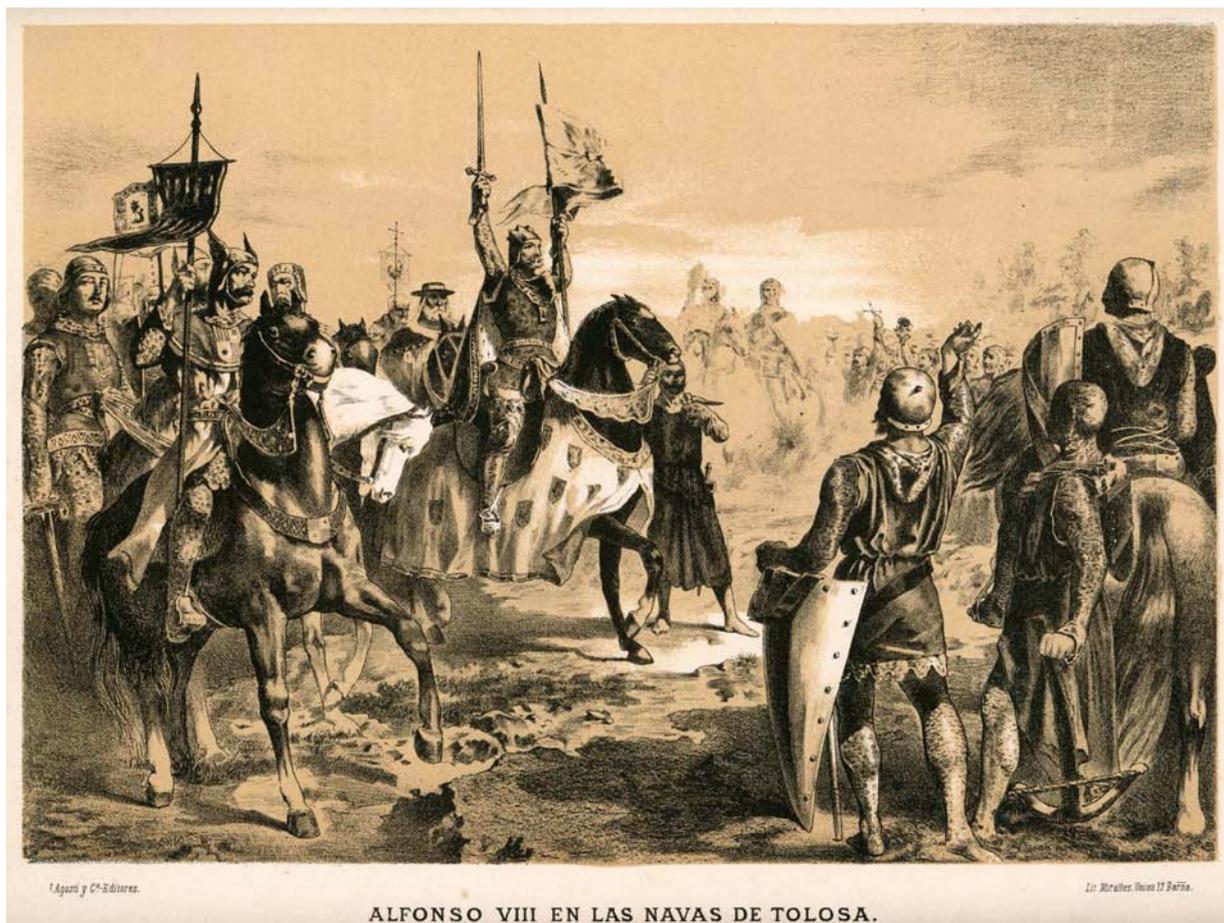


Diversos tiradores cristianos. De izquierda a derecha: tirador con honda, tirador con arco, ballestero con ballesta rudimentaria y ballestero con ballesta con estribo, equipado con cota de malla y brigandina de cuero.

cristiano como musulmán. El auge de la Infantería coincide con la generalización de la ballesta, arma muy eficaz en distintos ámbitos, en el campo de batalla, en el cerco y defensa de fortalezas, e incluso en los combates navales.

La evolución de los **escudos** está supeditada al avance de las armas ofensivas, en especial al de la lanza y su adopción de determinados usos en la caballería. Hacia finales del siglo XI surgirá el

escudo denominado “*de cometa*”, o “*almendrados*” caracterizado por ser semicircular en su extremo superior, con lados que convergen hacia el inferior proporcionando su característico aspecto. Este tipo de escudo cubría todo el flanco izquierdo del jinete aumentando la capacidad de protección. Durante todo el siglo XII y principios del XIII pervive este escudo, con algunas variantes como la adopción de formas rectas en detrimento de las curvas, en particular la parte superior del escudo. En algunos modelos desaparece el umbo. El escudo estaba construido de madera y el exterior se cubría con cuero endurecido o pergamino, utilizado como base de la decoración. Normalmente, en su interior llevaba dos abrazaderas para sujetarlo y a los modelos más pesados se les incorporó el tiracol, o correa de cuero que permitía sujetarlo al cuello. La utilización de brafoneras, que luego veremos, tuvo una especial incidencia hacia la evolución de un nuevo escudo, el llamado “*español*” definido por su menor tamaño, extremo superior recto, laterales verticales paralelos y remate inferior semicircular, para adaptarse mejor a su uso por la caballería. La sujeción se realiza por brazales, manija y tiracol. Este escudo derivará hacia el remate inferior apuntado, como el que aparece en el sepulcro de Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra en el monasterio de las Huelgas. Otro tipo de escudos son los circulares, sin duda el más simple y más antiguo. Hubo tres modelos claramente diferentes, es decir, los escudos de gran tamaño, los medianos que cubren casi la mitad del cuerpo y las pequeñas rodelas. Este tipo de escudo lo utilizaron tanto cristianos como musulmanes, siendo estos últimos los que más los usaron con piezas metálicas al exterior y especialmente con unos adornos de borlas elaboradas con seda que aumentaban la resistencia del escudo, pues la seda no es fácil cortarla. El vocablo “*daraqā*” o adarga entraña problemas de identificación, ya que se ha venido relacionando tanto con escudos circulares como bivalvos. El modelo bivalvo no está documentado antes del siglo XIII, y durante este siglo su identificación puede ser conflictiva, por lo que hay que esperar hasta el siglo XIV para tener la seguridad de encontrarnos ante las formas bivalvas. Las adargas no se hacen de madera, si no de piel de vaca, de onagro o de antílope, que es la mejor y



Alfonso VIII y el ejército cristiano en las Navas de Tolosa según litografía de Miralles en edición de J. Agustí

la más defensiva, en el interior una placa de cuero endurecido sirve como soporte para dos recias manijas arqueadas. Como hemos visto anteriormente, existen serias dudas de que los musulmanes en la batalla de Las Navas de Tolosa, llevasen adargas del tipo bivalvas, por lo que las figuras que hemos pintado, ninguna lleva este tipo de escudo.

En cuanto a los **cascos y yelmos**, diremos que el modelo más usado, desde finales del siglo XI hasta principios del XIII, es el que se caracteriza por una estructura semicónica apuntada, que cubre el cráneo y está provisto de una pequeña pieza vertical que protege el hueso nasal. Este casco evolucionará hacia otro de forma semiesférica que recibirá diversos nombres como *casquete*, *capillo*, *capello*, *capellina* y en menor medida *capacete*. Como la protección nasal era insuficiente, se sustituye por una pieza que cubre la cara, provista de orificios circulares para permitir la visión, dando origen a un nuevo casco, con diversas variantes. Desde principios del siglo XIII, las defensas faciales comenzaron a ser insuficientes, al dejar al descubierto el resto de la cabeza, a pesar del uso del almófar. Se añadirá entonces una pieza para la nuca, que se extenderá por los laterales hasta ser unida a la pieza que cubría el rostro. El resultado es una forma cilíndrica completamente cerrada que protege totalmente la cabeza, el rostro y descansa sobre el cráneo, teniendo como únicas aberturas las ranuras destinadas a la vista y unos pequeños orificios para permitir la respiración. Un elemento característico de estos yelmos es una pieza en forma de cruz, situada en su frente marcando ejes longi-

tudinales y transversales, al tiempo que guarnece la vista. Es el llamado *casco o yelmo de cubo*. Por último, comentaremos un tipo de casco usado solamente por los musulmanes caracterizado por una forma cónica apuntada, bastante alto, y la mayor de las veces sin nasal.

Por lo que respecta al grupo que Álvaro Soler del Campo denomina “armamento corporal defensivo” se pueden citar las siguientes.



A la izquierda, D. Álvaro Núñez de Lara, Alférez Real de Castilla, con el estandarte en cuya parte superior podemos ver la imagen de la Virgen. En el centro, el Rey Alfonso VIII de Castilla. Y a la derecha, D. Rodrigo Jiménez de Rada, Arzobispo de Toledo, con cota de malla y desprovisto de yelmo.

La **loriga** es una indumentaria con carácter defensivo hecha con anillos entrelazados cuya longitud se extiende hasta las rodillas, en contraposición a la cota de malla que no supera el vientre del combatiente. Se completa con unas mangas largas y ceñidas, una parte inferior a modo de faldaje que hace necesaria la presencia de un cinturón. Bajo ella se viste el *gambax*, o prenda que tiene como función impedir el contacto directo de la piel con el metal. Sobre la loriga se colocará la *sobrevesta*, prenda de tela que impedía que en los días de calor, las anillas metálicas se calentaran, y que en los días de lluvia pudieran oxidarse.

La defensa corporal se completaba con la adopción del **almófar** o capuchón de malla que protege la cabeza. Este se llevaba sobre una cofia de tela o cuero que protegía la cabeza y que impedía que el pelo e enredara con las anillas. Los almófares se fijaban por medio de unas estrechas correas entrelazadas con las mallas que circundaban el rostro.

La aparición de las **manoplas** está centrada en la segunda mitad del siglo XII, aunque parece generalizada en el XIII. Constituyen una continuación de la loriga, para la defensa de las manos, en forma de bolsa con apéndice para el pulgar. Podían presentar un forro de cuero en la palma.

Las **brafoneras** tendrán como función la protección de las piernas y estarán presentes en el equipo de la caballería pesada desde principios del siglo XII hasta el siglo XIV. Las brafoneras no solamente protegían las piernas, sino también los pies, a manera de calzas, que se vestían sobre las *calcillas* y se ataban al cinturón, ya que no llegaban a la cintura, por medio de unas correas llamadas *trebuqueras*.



El Rey Pedro II de Aragón, segundo por la izquierda a pie, le pide a su escudero el casco de cubo. En el centro, el caballero García Romeu, adalid del ejército aragonés, con el escudo de armas que acudió a la batalla. A la derecha, jinete de la caballería ligera aragonesa.

3. El ejército cristiano

Se conoce como la **mesnada real** o grupo de guerreros que rodeaba al monarca y que se encargaba, principalmente, de su protección, actuando como una guardia personal, si bien cuando el rey se ponía al frente de la hueste, también realizaban funciones militares. Estas tropas mantenían con el monarca unos lazos de fidelidad del tipo feudovasallático y recibían una soldada, a cambio de los servicios que prestaban, como protección del rey, participación en las campañas militares y como guarnición en el palacio real. Se calcula que el contingente de tropas permanente, en la época de Alfonso VIII, sería de entre 150 y 200 guerreros, entre caballeros y ballesteros, la mayor parte de ellos a caballo. En la batalla de las Navas, también participaron el rey Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra. Este último participó con 200 caballeros, que muy probablemente sería la mesnada real y algún noble navarro. Un caballero importante, dentro de esta mesnada, era el alférez real que en el caso de Castilla era Álvaro Núñez de Lara, el de Aragón García Romeu y el de Navarra Gómez Garceiz de Agoncillo.



Personajes navarros de la mesnada Real. De izquierda a derecha, un caballero a pie; soldado con el estandarte de Navarra, con el águila Nafarroa sobre fondo rojo; lancero con escudo y “brigandina” de cuero; y balletero.



De izquierda a derecha, desmontado, vemos al portaestandarte de la Orden Militar de los Hospitalarios; al caballero de la Orden de Santiago, con espada; al portaestandarte de la Orden Militar de Calatrava, con la cruz negra; y, con lanza, a un caballero de la Orden del Temple.

Las **Órdenes Militares** constituían la élite militar del ejército cristiano por su plena dedicación a las actividades bélicas, que a pesar de no contar con un número importante de efectivos, estaban muy bien entrenados en el manejo de las armas y en las tácticas de guerra, eran muy disciplinados y estaban bien estructurados y jerarquizados. El elemento más importante era el integrado por los *freires*, los miembros de la Orden vinculados por los votos de obediencia, castidad y pobreza. Eran estos los que presentaban una preparación y equipamiento militar más completo: aprestados como caballeros pesadamente armados, se protegían con cotas de malla y escudo, portaban lanza larga y espada y montaban *a la brida*, que consiste en la disposición extendida adoptada por las piernas del caballero en función de la mayor longitud dada a las acciones. Con ello el caballero pierde movilidad sobre la silla, pero en cambio facilita la sujeción, factores que hacen de esta monta la idónea para la caballería pesada. No hay certeza de que en Las Navas los *freires* se organizaran en pequeñas unidades militares, llamadas *lanzas*, como a mediados del siglo XIII, pero es probable que cada *freire* aportara dos caballos para uso propio, el *destrier* para la guerra y otro para el transporte de su equipo, otro combatiente a caballo el *sergents o sirviente*, pero con un equipo menos completo y dos o tres peones, uno de ellos un tirador, la mayoría de las veces un ballestero. Al contingente de tropas de una Orden Militar, había que añadir los caballeros villanos y peones procedentes de las localidades que estaban bajo su jurisdicción, también se integraban en sus filas caballeros y peones seculares que se vinculaban a la Orden temporal y voluntariamente, al amparo de las indulgencias papales. Y por último, que en ocasiones las Ordenes Militares recurrieron a contratar fuerzas de pago, lo que el cronista Rades llamó “*gente de sueldo*”. Tal era el prestigio de las tropas de las Or-

denes Militares, por su cualificación militar, su experiencia, su conocimiento del medio y del enemigo, que en todas las campañas sus fuerzas estaban integradas en la hueste real. En la batalla de Las Navas de Tolosa, participaron las Órdenes de Calatrava, Santiago, los Templarios y los Hospitalarios.

Las **tropas señoriales** constituyeron un contingente importante en la batalla. Estas huestes de naturaleza privada se formaban cuando el noble tenía que emprender alguna campaña, como en este caso al servicio del rey. Las mesnadas así reunidas eran dirigidas por el propio noble, convertido ahora en caudillo militar y presentaba un carácter muy heterogéneo en cuanto a su composición, armamento y entrenamiento militar, constituyendo el núcleo principal la caballería pesada integrada por el propio señor, por sus familiares y por sus vasallos nobles. Junto a ellos podían encontrarse otros caballeros de menor rango, guerreros profesionales, e infanzones unidos al señor por vínculos vasalláticos. La nobleza laica y eclesiástica disfrutaba de atribuciones jurisdiccionales sobre las poblaciones que habitaban en sus señoríos, lo que le permitía levantar contingentes integrados por fuerzas no profesionales y no nobles. Como por ejemplo, los caballeros villanos, con un equipo más ligero y en ocasiones anticuado, al igual que los peones aportados por los concejos de señorío. En las milicias de algunos señores aparece la figura del *portaestandarte* que además de llevar la enseña del señor, hacía de lugarteniente del señor cuando éste no estuviera presente, encargándose de la organización interna de la milicia o incluso de su adiestramiento. Se conoce el nombre del alférez señorial que portaba el pendón de don Diego López de Haro en la vanguardia castellana, “*don Pedrarias*”. La milicia de un noble eclesiástico la podemos encuadrar en este tipo de tropas, que por otra parte tuvieron un papel trascendental en la batalla de Las Navas de Tolosa, y en especial la del arzobispo de Toledo, don

Rodrigo Jiménez de Rada. Los habitantes de los concejos que pertenecían a la jurisdicción del arzobispado, es el caso, entre otros, de los de Talamanca, Brihuela y Santiuste, tenían la obligación de prestar un servicio militar a su señor, integrándose en su ejército durante un período de tiempo entre dos y tres meses al año, siempre que aquel lo requiriese para ir en fonsado. Lo que permitió que el Arzobispo pudiera



La vanguardia cristiana estuvo encabezada por D. Diego López de Haro, el noble más importante que intervino en la batalla. A su derecha, le acompaña el abanderado que porta el estandarte de su linaje, el alférez señorial conocido por “Don Pedrarias”, con los dos lobos negros sobre fondo blanco. El tercer personaje es un caballero de origen francés, de los 150 que quedaron de los “Ultramontanos”.



A la izquierda, caballería ligera de la milicia concejil de Cuenca. En el centro, caballero a pie del linaje de los Lara. A la derecha, portaestandarte con la bandera de la Villa de Madrid, de principios del siglo XIII.

dirección, estaban reguladas por los fueron locales. Estas huestes estaban formadas por los propios vecinos, cuyas fuerzas eran convocadas y encabezadas por los dirigentes urbanos, especialmente jueces y alcaldes. Sobre ellos recaía la responsabilidad del mando, organizar el servicio de información, mantener la disciplina interna, ordenar el abastecimiento, velar por el estado de los heridos. Por debajo de estos dirigentes superiores, encontramos otros cargos como el de los *adalides* o caudillos de las mesnadas urbanas y responsables del buen reparto del botín, el de los *atalayeros* como guardas o vigilantes, de los *cuadrilleros*, *guardadores de los cautivos*, etc. La contribución de las huestes urbanas fue esencial en la conformación de los ejércitos convocados por Alfonso VIII, entre otras razones porque, al margen de la experiencia y de la pericia que pudieran aportar, eran ellas las que, junto a las milicias señoriales, proporcionaban la masa de combatientes, tanto a pie como a caballo.

Un último elemento que, no siendo habitual, en este caso y por la propia naturaleza de la expedición tuvo una presencia que fue muy destacada por las fuentes, nos referimos a los **voluntarios extranjeros** que acudieron al calor de la predicación de la Cruzada, gracias al empeño de Inocencio III, exhortando a los prelados franceses y provenzales a que promulgaran en sus diócesis las indulgencias que se concedían para la guerra que preparaba Alfonso VIII, unido a las predicaciones que personalmente realizaron, entre otros, el arzobispo de Toledo. El resultado de todo ello fue la llega-

contar con un número más o menos elevado de caballeros villanos y de peones, con equipamiento variable, a veces anticuado y presumiblemente muchas de estas fuerzas carecían de especialización militar.

No cabe duda de que los efectivos señoriales castellanos, aragoneses y navarros supusieron una parte fundamental del contingente cruzado que se enfrentó en Las Navas, pero no debemos olvidar el compuesto por las **milicias concejiles** que supuso un reclutamiento masivo de fuerzas no permanentes. Cada ciudad o villa contaba con su propia milicia, cuya composición, reclutamiento, obligaciones y

da a Toledo de un contingente muy heterogéneo en su composición, formado por caballeros nobles, peones y jinetes con mayor o menor experiencia y un número significativo de no combatientes, como mujeres, niños y enfermos, encabezados por los arzobispos de Burdeos y Narbona, y por el obispo de Nantes. Un contingente muy numeroso de todo punto anormal y fuera de lo común, que recibieron el nombre de *ultramontanos*. Los caballeros muy cualificados para la guerra y que mostraban una extraordinaria motivación, se vieron prontamente defraudados, concretamente a partir de la capitulación de la fortaleza de Calatrava, pues no estuvieron de acuerdo de cómo Alfonso VIII llevó las negociaciones de la rendición de la guarnición musulmana, salvando sus vidas. Los ultramontanos se retiraron de la Cruzada masivamente, quedando solamente unos 150 caballeros, la mayoría franceses, que combatieron en la batalla en la vanguardia del ejército castellano.

Para terminar este apartado, sería conveniente hacer un mayor hincapié en las tropas de Infantería, compuestas por lanceros y peones; y tiradores con ballesta, con y sin estribo, tiradores con arco corto, y en menor medida honderos. El jefe de la Infantería en el ejército cristiano era denominado *almocadén*, término de origen árabe (*muqaddam*, que significa jefe, comandante, adelantado).

4. El ejército musulmán

El ejército musulmán en la batalla de Las Navas de Tolosa, estaba organizado de una manera muy diferente al ejército cristiano. Contrastaba la extraordinaria organización militar del ejército almohade, con la escasa militarización de la sociedad andalusí, que en más de una ocasión se han aducido las causas que llevarían a la desaparición de al-Ándalus.

El eje principal lo constituyó el ejército almohade, configurado como un ejército regular asalariado, *el yund*, de carácter permanente, inscrito en un registro, *el diwan*, y dependiente del poder cen-



La escena recrea a al-Nasir, sentado y con la túnica verde, rodeado de sirvientes, músicos y dos soldados de su guardia personal. Uno de los sirvientes le ofrece almojábanas, o dulces para acompañar el té. Uno de los músicos porta un añafil y el otro un tambor.



Caballería pesada almohade que ocupó las alas de la zaga, en el despliegue musulmán en la batalla. Las figuras representan a beréberes de piel morena, con tonalidades azuladas en túnicas y turbantes.

mandada por un *amir* o general, correspondiéndole señalarse por un gran estandarte o *raya*. Cada mil hombres de tal unidad estaba a las órdenes de un “caíd”, *qa'id*, o el equivalente a nuestros días a un coronel, distinguiéndose por una bandera, o *alam*. Cada doscientos de esos hombres, a su vez, iban encabezados por un *naqib*, o capitán al que se confiaba un gallardete o *liwa'*, a su vez subdivididos en cinco secciones de cuarenta hombres mandados por un alarife o *'arif* (teniente), con un banderín o *band*, a su vez distribuidos en cinco escuadras de ocho soldados, bajo las órdenes de un “guardián” o *nazir* (suboficial), cuya lanza enarbolaba un lazo o *uqda*.

El núcleo principal del ejército almohade estaba compuesto por las tribus beréberes, pertenecientes al tronco de los *masmudas*, y que procedían de la región montañosa del Atlas, y que podríamos denominar como las primeras tribus almohades. Un segundo contingente, no menos numeroso, estaba constituido por las tribus beréberes no almohades o almohades tardíos.

Desde muy pronto va a aparecer en la composición del ejército almohade un tercer elemento, los **esclavos negros**, los *'abid al-Majzan* o “servidores del Estado”, los que Huici Miranda llamaría los *imesebelen* que integraban la guardia personal del califa, y lo acompañaban en las grandes expediciones militares, en las que sus actividades fueron variadas, desde tapar un foso a derribar las murallas de una fortaleza, tras su capitulación. Por su función específica de la defensa de la persona del califa, se instalaban en el mismo campamento junto a él, cerca de su tienda. En Las Navas, la guardia de negros rodeó la tienda del califa al-Nasir, por todas partes, armados con lanzas, espadas y adargas, atados unos a otros y pertrechados tras unos troncos de puntas afiladas y unidos por cadenas. Al arzobispo de Toledo le llamó la atención la elevada estatura y gran obesidad de estos guerre-



Recreación de la batalla de las Navas de Tolosa según grabado de Janet de 1836? en la obra *Historia General de España y de sus Indias*, de Victor Gebhardt (Madrid, 1861-)

ros que se encontraron muertos junto al palenque. Tras el hundimiento del ejército musulmán en el campo de batalla, todavía prestarían un último servicio al califa, que en su precipitada huida fue acompañado por un fuerte destacamento de negros.

Los **arqueros a caballo turcos** o kurdos, los que las fuentes denominan *agzaz* (*guzz* en singular), parece ser que se trata de unos clanes turcomanos procedentes del Turkestán occidental que terminaron integrándose en el ejército almohade como mercenarios, formando un cuerpo de élite muy específico: “los arqueros montados” que dieron al ejército almohade una mayor movilidad. Ligeramente armados, en especial del arco compuesto, eran capaces de disparar sin necesidad de



Los famosos arqueros a caballo musulmanes. Los dos de la derecha los agzaz o arqueros turcos que hicieron estragos en las filas cristianas.

bajar de sus monturas, rodeando a sus enemigos si estaban fijos sobre el terreno, acribillándolos con sus flechas a una distancia prudencial, y retirarse ante la carga de la caballería pesada. Normalmente, los califas los situaban en la vanguardia de sus formaciones, abriendo la lucha e intentando provocar a los rivales. En Las Navas parece que actuaron junto a los árabes en los días previos a la batalla, provocando a los cruzados en su propio campamento mediante el lanzamiento de flechas, en un intento de que éstos abandonaran sus defensas.

Otra cuestión fundamental que debe tomarse en consideración a la hora de analizar la composición del ejército almohade es la contribución de las **cábilas árabes**. Procedían de las tribus árabes de Ifriqiya que fueron integradas en el ejército almohade en el siglo XII, tras su sometimiento y eventualmente instalados en el Magreb y en al-Ándalus como contingentes del ejército. La forma de combatir de estas tropas, estaba en consonancia con su forma de vida que consistía en vivir del pillaje y el saqueo de las poblaciones sedentarias, lo que requería realizar ataques por sorpresa, dominar la monta, llevar consigo un bagaje poco pesado, evitar el contacto directo y el combate abierto con el adversario, excluir de sus objetivos los sitios fortificados o de difícil acceso, preferir los lugares llanos y huir lo más rápidamente posible del escenario, antes de que los agredidos pudieran preparar una respuesta. Cuando se encontraban con el enemigo en campo abierto, especialmente en terreno llano y al inicio de los combates, formaban una vanguardia que desarrollaba tácticas de ataque



Caballería ligera árabe que en la batalla practicó la técnica del “tornafuye”, es decir, ataque y retirada, que tanto daño causó en el ejército cristiano.

y retirada rápida, es decir, el *tornafuye*, con las que pretendían no sólo causar bajas entre los adversarios, sino también provocar en ellos una reacción desordenada y dislocar la formación, para volverse y contraatacar después de manera inesperada, causando el pánico entre sus perseguidores. Tal táctica se complementaba con la organización de una retaguardia fuerte donde encontrar refugio entre un ataque y otro, formada por sus bagajes, ganados e incluso de sus mujeres. Al parecer, la presencia de estas últimas les impulsaba a luchar con bravura y

resistir las acometidas del adversario, en la certeza de que si huían perderían no sólo su riqueza, sino también a sus esposas e hijos. Aquel aparentaba ser un comportamiento desordenado, pero estaba perfectamente diseñado, requería una gran habilidad y podía llegar a resultar letal para los más inexpertos. Para este tipo de táctica es imprescindible montar *a la jineta*, es decir, con estribos más cortos y las piernas ligeramente flexionadas, lo que permite un mayor control de la montura, haciéndola más manejable y veloz.



Caballería andalusí. A la izquierda, caballería pesada al estilo cristiano con cota de malla cubriendo al caballo; en el centro, caballero mercenario cristiano al servicio de los musulmanes; y a la derecha jinete de la caballería media andalusí.

Los efectivos árabes representaban un porcentaje muy significativo en los contingentes califales, entre el 20 y el 50 por ciento. Sin embargo, la utilización de contingentes árabes tenía una contrapartida no deseada. Acostumbrados a guerrear por su propia cuenta, criados en la tradición del pillaje y el botín, y difícilmente encuadrables en las estructuras regulares de los ejércitos por su propia forma de combatir, se destaca en ellos cierta predisposición a la acción imprevista y descoordinada, a actuar al margen de las órdenes recibidas, a la insubordinación y a la disciplina. A este respecto, no podemos estar seguros de cuál fue la actuación de los árabes durante la batalla de Las Navas de Tolosa, pero determinadas fuentes sugieren que huyeron precipitadamente ante las primeras presiones cristianas. Tanto los árabes como los arqueros a caballo, *los agzaz*, estuvieron desplegados en la batalla, en las alas, es decir, a la derecha y a la izquierda del cuerpo central de los almohades. No obstante, los califas almohades tenían en gran estima a las tropas árabes por su valor y arrojo personal, lo que se traducía en una situación de privilegio que se refleja en el pago de las soldadas, pues mientras un jinete almohade cobraba diez u ocho dinares, según estuviera completo o no su equipo, mientras que el caballero árabe recibía veinticinco o quince, según el caso; el peón almohade, entre cinco y tres, y el árabe, siete.

Teniendo en cuenta que al-Ándalus no fue una sociedad organizada para la guerra, pues prefirió pagar a mercenarios procedentes del norte de África, o bien de los reinos cristianos, que mantener un ejército regular. No obstante, en la batalla de Las Navas de Tolosa el **ejército andalusí** estuvo formado por un contingente de tropas nada despreciable, especialmente valorado por los califas almohades por el conocimiento del medio y del enemigo peninsular, ya fuera éste cristiano o musulmán. Desde el punto de vista táctico, en las batallas campales las tropas andalusíes podían hacer una aportación relevante, al estar dotadas de un armamento personal pesado, similar al de sus oponentes

cristianos. Los testimonios de algunos autores musulmanes permiten saber que la caballería andalusí de principios del siglo XIII había adoptado buena parte de la panoplia de sus vecinos del norte y que, en consecuencia, se había dotado de una caballería acorazada que empleaba doble cabalgadura por jinete, caballos cubiertos por cotas de malla, cascos robustos, lorigas largas, grandes escudos colgados al cuello, lanzas gruesas y largas, sillas de arzón trasero alto, estribo largo e incluso divisas sobre sus armas. En definitiva, una caballería más pesada que la magrebí, perfectamente comparable, por su armamento y forma de combatir a la cristiana. En el despliegue en el campo de batalla, ocuparon el centro junto a los almohades, dando consistencia a la presumible carga de la caballería pesada, como así fue. Algunas fuentes musulmanas culparon a los andalusíes, de la derrota del ejército musulmán en Las Navas, al desertar del campo de batalla a la primera carga de la caballería pesada cruzada, arrastrando en su deserción a árabes, beréberes, y en definitiva a todo el ejército almohade. Este punto controvertido, no está muy claro y tampoco este es el momento de aclararlo.

Tradicionalmente, un elemento que suele aparecer en los ejércitos del islam occidental, por lo menos desde principios del siglo XI, es el formado por los llamados **mercenarios cristianos** al servicio de los poderes políticos musulmanes. En este apartado no se ponen de acuerdo los autores que han escrito, recientemente, sobre Las Navas de Tolosa. Este tipo de tropas, como profesionales de la guerra ofrecían experiencia y valor, y sus tradiciones militares hacían de ellos una pieza clave para los dispositivos tácticos empleados por los contingentes beréberes en los combates en campo abierto. En este sentido los cristianos estaban acostumbrados a combatir en línea, mantenerse firmes frente a los ataques enemigos y conservar la formación cerrada durante las batallas. Esta forma de luchar resultaba particularmente útil para los dirigentes militares magrebíes, que necesitaban unas tropas de confianza, con estas características, para organizar la retaguardia y crear un cerco donde ellos estuvieran seguros y sus tropas encontraran un punto de referencia y apoyo. Teniendo en cuenta los precedentes, la sugerencia de que realmente hubo contingentes cristianos en el ejército almohade que sucumbió en Sierra Morena no resulta descabellada.

Un último elemento del ejército califal almohade que sí tuvo una amplia presencia en Las Navas de Tolosa fue el formado por los **voluntarios de la guerra santa**. El origen de yihad que se consideraba como una meritoria manifestación de espiritualidad, piedad y devoción. El papel de los voluntarios religiosos en los ejércitos, no cabe duda que fueron muy secundarios. La participación en la guerra de los voluntarios, suponía la renuncia a la vida material, y su aspiración a alcanzar el paraíso por la vía del martirio en el campo de batalla. En la



Algunos de los personajes musulmanes que acudieron a la batalla como voluntarios del yihad (lucha contra el enemigo infiel) y cayeron heroicamente en la vanguardia del despliegue islámico.



Grabado procedente de la obra *Historia de la Villa y Corte de Madrid* (1861) de José Amador de los Ríos.

jornada del 16 de julio de 1212, ocuparon un lugar en la vanguardia del ejército califal y fueron los primeros en salir al encuentro de los cruzados. Como era previsible, desaparecieron entre las filas de los cristianos, quienes los cubrieron y combatieron terriblemente, razón por la cual todos murieron mártires, sin dejar uno. El análisis de las fuentes ha permitido a los especialistas identificar a un número significativo de ulemas, juristas, poetas, sabios, hombres de vida religiosa y piadosa, en general dedicados a las letras y el saber, procedentes tanto de al-Ándalus, como del norte de África, que encontraron el martirio durante la jornada de Las Navas, o que murieron poco después como consecuencia de las heridas sufridas en el combate.

5. Conclusión

Un tema en el que no se ponen de acuerdo los distintos autores que han escrito sobre la batalla de Las Navas de Tolosa es si la batalla fue decisiva o no y en qué aspectos, asunto que aquí no procede tratar y para el que remitimos al libro de Francisco García Fitz sobre la batalla donde se explica extraordinariamente bien.

Lo que sí se puede indicar, en mi opinión, es que sí hubo un perfeccionamiento en la táctica militar de los cristianos, que supuso un elemento eficaz en contra de las tácticas musulmanas. En cuanto

al armamento cristiano, a principios del siglo XIII, evolucionó de manera extraordinaria, tanto las armas ofensivas como las defensivas, progreso que en el bando musulmán no fue tan notorio.

Hasta la batalla de Las Navas, era el ejército musulmán el que tenía la iniciativa y entre las filas cristianas el temor a las tácticas musulmanas causaba el pánico y en particular había un gran temor a las tropas especializadas en las armas arrojadizas: arqueros a pie y a caballo, honderos, lanzadores de jabalina, azagayas y, en menor medida, ballesteros.

Otra cuestión importante en la victoria de Las Navas, o al-Iqab para los musulmanes, fue el reforzamiento de la moral de combate del ejército cristiano, que supo mantener el amplio territorio conquistado en la campaña previa a la batalla.



Diversos tiradores del bando musulmán. A la izquierda, un hondero; a continuación, un lanzador de jabalinas y, finalmente, dos arqueros y un ballestero.

6. Selección de bibliografía

ALFONSO X “El Sabio”. *Las Siete Partidas*. Madrid. Editorial Reus, S.A. 2004.

ALVIRA CABRER, Martín. *Las Navas de Tolosa 1212. Idea, liturgia y memoria de la batalla*. Madrid: Sílex Ediciones L.L. 2012.

AYALA MARTÍNEZ, Carlos de. *Las Ordenes Militares Hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia, 2003.

FERRER I MALLOL, María Teresa. *La organización militar en Cataluña en la Edad Media. Revista de Historia Militar*, número extraordinario 1 (2001) 119-222.

FIERRO, Maribel. “El califato almohade”. *Desperta Ferro*, 13 (2012) 11-16.

GARCÍA FITZ, Francisco. *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*. Sevilla: Universidad de Sevilla. 2001.

- GARCÍA FITZ, Francisco. “La organización militar en Castilla y León (siglos X al XIII)”. *Revista de Historia Militar*, número extraordinario 1 (2001) 61-118.
- GARCÍA FITZ, Francisco. *Las Navas de Tolosa*. Barcelona. Editorial Ariel. 2005.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio. *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*. Madrid: Instituto de Estudios Africanos, 1956. Ed. facs. con estudio preliminar de Emilio Molina López y Vicente Carlos Navarro Oltra. Granada: Editorial Universidad de Granada. 2000.
- LAGO MARÍN, José Ignacio y GONZÁLEZ PÉREZ, Manuel. *Las Navas de Tolosa 1212. La verdadera Cruzada*. Madrid: Almena Ediciones. 2005.
- LÓPEZ PAYER, Manuel Gabriel y ROSADO LLAMAS, María Dolores. *La Batalla de las Navas de Tolosa*. Madrid: Almena Ediciones. 2002.
- SOLER DEL CAMPO, Álvaro. *La evolución del armamento medieval en el Reino Castellano-Leonés y al Ándalus (siglos XII-XIV)*. Madrid: Servicio de Publicaciones del EME, 1993.
- VARA THORBECK, Carlos. *El Lunes de Las Navas*. Jaén: Universidad de Jaén. 1999.
- Varios Autores. *Alarcos '95, el fiel de la balanza*. Toledo: Junta de Castilla-La Mancha. 1995.
- VIGUERA MOLINS, María Jesús. “La organización militar en al-Ándalus”. *Revista de Historia Militar*, número extraordinario 1 (2001) 17-65.

